

El Cuento de las Redes

Nicolás Buenaventura*

Las redes de cualificación de docentes se distinguen o diferencian por el tipo de peces que atrapan. Hay las redes profesionales, de ojo pequeño, hechas así para ganarse el pan de cada día. Por ejemplo tenemos la red de los profesores de matemáticas con la cual se pescan juguetes para acabar de una vez por todas, con el «coco» en esta materia, aprendiendo a jugar a los números, a gozarlos. Igual fue la red de lenguaje o la de educación física o educación en valores. Son, todas estas, redes que permiten ganar el pan a las buenas y sacándole todo el gusto.

Pero existen también otras redes, las de ojo ancho, hechas para atrapar ciertos peces que llevan anillos de oro u otras joyas en las entrañas. Son las redes vocacionales. Por ejemplo la red de maestros escritores o de maestros investigadores o músicos, válgame Dios!

Sin embargo estoy pensando que lo mejor es pescar con las dos redes, a condición de tener muy en cuenta estos cuatro consejos:

El primero es aprender a pescar de noche. Porque los mejores hallazgos no siempre están a luz del día, a la vista de la razón razonadora sino que, a menudo, están en lo oscuro y hay que adivinarlos. El otro abrir bien la red, sin avaricia, que llegue a ella hasta el menos, hasta el que no sabe entre los maestros. El tercero, asegurarse de que los plomos o luceros de la red, los que la llevan al fondo y se visten de luz para atraer la pesca, estén bien cosidos a la malla. Porque ellos son los que sabemos, los duros, los que no fallan, los imprescindibles.

Y el último y principal, Dios mío, no olvidar jamás que la escuela educa enseñando y aprendiendo en tanto que la red educa investigando y adivinando, que en la escuela todavía hay el instructor, mientras en la red todos aprenden de todos, todos son maestros.

Pero, por favor, sin más preámbulos y dilaciones echemos ya las redes al agua!

Mi padre era pescador de atarraya.

No digo que desechara el anzuelo o no le tomara gusto. Al contrario, más de una vez me tocó ver como le arrancaba con él una buena presa al charco. Entonces yo pensaba en el médico de la familia, el doctor Smith, cuando se empeñaba en enseñarme a oír el estetoscopio, porque me parecía que el viejo también le auscultaba el corazón al río, tal era la tensión premonitoria con que sostenía, sin pestañear, su vara de carrizo.

Pero su genio o su natural era el de pescador de atarraya y yo, desde muy niño fui, a menudo, su asistente y cómplice en su empresa.

Amaba atarrayar de noche y tenía agujeros con cualquier sombra que se moviera sobre el remanso del río. Yo me decía, para mis adentros, que la sombra de luna no se ve, pero él sostenía que los peces sí la veían patente y además me enseñaba que el canto de las ranas era como rezo para atraer peces gordos.



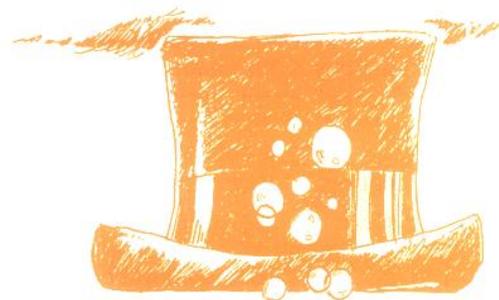
* Asesor del Ministerio de Educación Nacional.

A la verdad mi padre era Dios para abrir, de un tiro su red en el cielo. La desplegabá sobre nuestras cabezas formando una bóveda tejida tan grande como la celestial, de manera que uno, muchacho, jugaba a atrapar con ella cuanta estrella tuviera la noche. Pero esta pesca era cosa de nada, era una pasión, que lo dejaba a uno siempre con las ganas, porque ahí mismo, los plomos, cosidos a toda la redonda de la malla, se venían de bruces arrastrando el paracaídas y clavándolo todo en la negrura del pozo.

Y, me parece que me estoy viendo yo mismo, desnudo, tras ellos, tras los luceros, como se llamaban esos plomos, yo me sumía, junto con la red, me dejaba sumergir sin ruido en esa agua helada y oscura. Era mi oficio, mi asesoría, limpiar la red, preservarla de toda zarza o rama perversa. Me tocaba eso, librarla de todo mal y peligro.

Se echaba la red sin afán, a lo más tres o cuatro veces, para hacer una provisión escasa de unos pescados que, al esculcarla, alborotaban con desespero buscando colarse por entre los ojos del tejido.

Y ocurrió una vez, Dios mío, en una de esas noches de pesca que, por cierto, no eran cotidianas sino espaciadas, a veces con una semana de por medio, ocurrió, digo, algo insólito, extraordinario.



Empezando porque fue noche de domingo o sea más que prohibida por él mismo para estas andanzas.

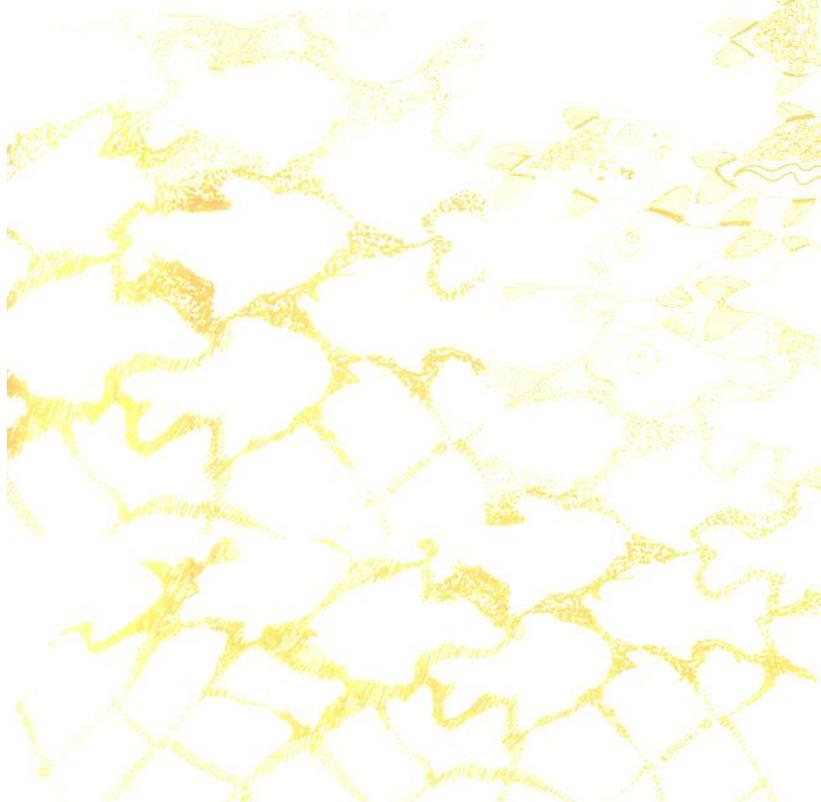
Lo primero que noté de raro fue que el viejo llevaba al hombro una red distinta, mucho más grande que la usual y de luceros iluminados o fluorescentes.

-Esta red es de mar, me dijo al desplegarla, es para cazar tiburones, por eso la conseguí.

Mi padre era un exagerado como nadie, un fabulador inigualable. Solo dos veces, en mi vida, lo vi derrotado en un desafío de mentirosos.

Una de ellas fue precisamente con historias de pesca y sucedió así:

-Usted no tiene ni idea, comenzó diciéndole el viejo al otro. Usted no alcanza a imaginarse lo



que es un banco de peces en una buena subienda en el Cauca. Es cosa de que uno ahí no más, en la orilla y a pura mano limpia, llena de pescados el canasto en un santiamén.

- Voy a contarle y no me crea, continuó, yo conocí un negro que se metía al agua allí y salía con seis pescados de una vez encima - ¿sabe cómo? Pues ya lo ve, se traía dos en los pies, apretados entre los dedos, dos en la boca y uno en cada mano.

El contendor, que había seguido paso por paso la historia, sin perder palabra, miró perplejo a mi padre, como creyéndole todo, al pie de la letra, tal como yo lo creía entonces, de niño, sin vacilar, sin la más leve sombra de duda. Enseguida dijo, hablando despacio y con mucho aplomo.

-Sabe una cosa, mi señor. Ya yo tenía noticia de lo que es una de esas subiendas de ocasión en el río Cauca. Pues bien, a mi me contaron la historia de otro tipo, por cierto también moreno, pero que sacaba no seis sino ocho peces en cada aventón. ¿Y sabe usted cómo? Pues igual que el negro suyo, lo mismo, pero con esta ventaja, que se había dejado crecer las orejas de manera que allí cargaba los otros dos.

Sin embargo mi padre no se corrió. Ni más faltaba. Lo escuchó serio de seguido, sin pestañar y luego dijo:

-Lo que usted no sabe, mi amigo, es que en esas riberas del Cauca, en época de subienda, cuando baja el río y empieza a evaporarse el agua de las ciénagas, que quedan ciegas, sucede que los peces ya no caben en el pozo porque hay el doble o más de lo que puede contener. ¿Entonces sabe usted cómo se las arreglan para mantenerse allí? ¿No sabe?

El rival negó con la cabeza, azorado, como presintiendo que esta vez iba a perder.

- Pues óigame, la naturaleza es sabia, caben todos porque están saltando todo el tiempo, así que una mitad está en el aire y la otra en el agua.

Pero, por favor, volvamos a mi historia.

En la mañana de esa noche privilegiada había ocurrido algo usual en los domingos de familia, el paseo campestre con todo y fogata y almuerzo en la hierba. Así que el segundo hecho extraño, en la pesquería, fue que mi padre no cogiera el camino de siempre, a los parajes acostumbrados en esta aventura, sino que nos

dirigíamos precisamente al recodo del río, por cierto muy lejano, donde había tenido lugar la excursión familiar matutina.

Al llegar al lugar y, mientras él esculcaba con toda maña la nueva red, midiéndole los ojos con los dedos, no resistió la tentación de revelarme su secreto.

-Lo que voy a decirle, mijo, es algo que nadie debe saberlo, me está oyendo, algo que no puede repetirse. Usted no se dio cuenta, esta mañana, cuando estábamos nadando aquí, en este mismo charco, no supo nada, de la fatalidad que tuvimos. Una verdadera tragedia. Ni más ni menos. Eso fue.

Entonces me relató la famosa pérdida de la argolla matrimonial, que se le zafó a mi mamá, quien sabe como diablos y se fue al fondo del charco. Suceso que la madre me había contado con lujo de detalles añadiendo que mi padre había ordenado mantenerlo en absoluto secreto.

Luego añadió despacio, como hablando consigo mismo - Ahora venimos por él, venimos a rescatarlo, venimos a pescarlo.

Y no dijo más. No hubo modo de sacarle una palabra más.

La descomunal atarraya marina se abrió sobre nuestras cabezas esta vez en una noche cerrada y tupida, noche sin luna, oscura a más no poder.

Se abrió una, dos, tres, no sé cuantas veces, porque rastreamos el recodo del río desde una orilla y luego desde la otra, tercamente, todo el recodo grande y remanso del río. El agua estaba yerta y el charco parecía una loza de puro negro de hollín. Pero al hundirme yo en ella toda estaba prodigiosamente limpia, sin más malezas que la cabellera inofensiva de las algas acariciándome el cuerpo.

- ¡Cayó! gritó de pronto mi padre, estruendosamente - ¡Cayó! ¡Tenía que caer!

Sujeta, bien agarrada la red por el cogollo, desde allí sintió el palpito del animal que pugnaba por hallar salida. Entonces fue tirando, con mucha maña, la enorme talega hasta fuera del agua y todo desconfiado salió sobre la presa que coleaba desesperada sacudiendo toda la malla.

- ¡Cayó! repetía, carajo, tenía que caer.

No era un tiburón como yo lo esperaba por los datos que me diera al enseñarme la nueva atarraya pero de todos modos era un bocachico de un tamaño tan desproporcionado como nunca yo lo había visto antes.

En el viaje de regreso mi padre me reveló todo el misterio. Cuando estuvo buceando esa mañana, horas enteras, en busca del anillo, hubo un instante en el cual él estaba absolutamente seguro que había avistado el bocachico. No lo vio patente, tal cual, pero le vió la sombra descomunal, lo sintió como huía. Entonces se dió cuenta exactamente de lo que había sucedido. Era imposible otra explicación, me decía. El había buceado hondo tan pronto como la madre le gritó la noticia. No había nada más que hablar. El bocachico se engulló la argolla.

-Además quién no sabe, añadió, qué pescador no sabe, que no hay nada más curioso que un bocachico. Por eso cae tan fácil en la red atraído por los luceros.

Llegamos a media noche a casa. Mi madre estaba azarada, en vela, esperando el desenlace.

- ¡Cayó mona!, repetía él obsesivamente, cayó. Yo se lo dije, mona - Tenía que caer.

Entonces, sin demora, arrancó del morral el pez, vivo aún, lo rajó profundamente a lo largo, con el cuchillo, lo abrió en dos, con fuerza, quebrándolo una y otra vez, esculcándole las entrañas con mucha maña.

Hasta rescatar la argolla de oro de la madre.

No recuerdo cuántas veces le oí contar a mi padre esta historia en la sobremesa en casa, siempre mirándome a los ojos al final y diciendo.

-¿No es verdad, Nicolás?

Por eso, quizás, he podido reconstruirla ahora tal cual, sin perder el más leve detalle.

Es éste el cuento de las redes. □

Escribenos
Proyecto Red CEE
Calle 127 No. 12A-20
Santafé de Bogotá
CIUP-UPN

